

LOS RUNNERS

Introducción. Hay diálogos que inspiran escuelillas. Y estaba hablando con un amigo cuando salió en medio de la conversación la tremenda actualidad que tiene entre la gente de nuestro entorno el inscribirse en carreras de un montón de kilómetros, maratones, media maratones, Iron man, triatlones y no sé cuántas modalidades más de pruebas de gran exigencia física que suponen semanas y meses de entrenamiento. Con riesgos de lesiones, con entrenamientos bajo la lluvia, con disciplina espartana. Y nos preguntábamos sobre la profunda motivación y cuál es la recompensa que se saca de tal esfuerzo. Hay que aclarar que ni mi amigo ni yo somos muy deportistas. Y me encantó la explicación de mi amigo: *“Necesitamos ganar en algo”,* me dijo. *“Necesitamos cruzar la meta, levantar los brazos y gritar: «he podido, prueba conseguida, reto superado»”.* Y me ayudó a entender un poco más lo necesitados que estamos de salir de nuestra vida mediocre, en la que normalmente no sobresalimos en nada.

Somos uno más en la oficina, en el bloque de vecinos, uno más en el enjambre de coches atascados en la carretera, unos más de los papás y mamás del cole. Unas figuras difuminadas en la misa de los domingos diluidos en medio de la masa. Vidas grises, vidas anónimas, más acostumbradas a recibir reprimendas, correcciones, críticas, exigencias. Donde al llegar a casa, que debía ser el espacio de descanso y de recuperar fuerzas nos esperan, más quejas y reproches que admiración o expresiones de cariño. Basta mirar nuestros paisajes afectivos para que reconozcamos lo acostumbrados que estamos a ver lo mal que hacen las cosas los demás, y lo poco entrenados que estamos para admirar, para sonreír satisfechos, para vivir agradecidos y dichosos.

Lo que Dios nos dice. “No juzguéis y no seréis juzgados. Como juzguéis os juzgarán. La medida que uséis para medir la usarán con vosotros. ¿Por qué te fijas en la mota en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga del tuyo? ¿Cómo te atreves a decir a tu hermano: Déjame sacarte la mota del ojo, mientras llevas una viga en el tuyo? ¡Hipócrita!, saca primero la viga de tu ojo y entonces podrás distinguir para sacar la mota del ojo de tu hermano”. Mt 7,1-5.

Muchos de los juicios que a lo largo de una vida hemos recibido nos han dejado moralmente tocados. No vales lo suficiente para estudiar esta carrera, no eres lo suficientemente guapo o guapa para gustar a tal persona. No mereces el sueldo que te permita vivir en el barrio que te gustaría. No eres titular, eres reserva. No nos interesas para este puesto de trabajo. O no eres el misionero adecuado para desempeñar este cargo de responsabilidad. Una historia de juicios negativos puede abocarnos a una falta de valoración tremenda. Pero el corazón no se conforma, y añora desde lo más profundo de su ser esa mirada que valore.

Desde niños una de las fuentes principales de seguridad, de sentirnos valiosos y queridos es recibir estímulos positivos por parte de los demás. Crecemos sanos afectivamente sanos cuando nos refuerzan el valor de lo que somos y de lo que hacemos. Vivimos siempre de cara a un público, en los primeros años la familia, luego en el ámbito escolar, con los profes y los compañeros, luego los amigos, la pareja, los jefes en el trabajo o los compañeros de trabajo. Pero lo que los demás dicen de nosotros nos anima o nos hunde. Es peligroso vivir esclavo de las aprobaciones, o dependiente de las valoraciones externas, pero es que resulta que estamos hechos así. Nadie es tan antisocial que no dependa de nadie.

Cuando descubrimos la fe se da un paso de liberación porque la mirada que nos observa ya no es la del que viene a juzgar, sino la del que nos ha amado hasta el extremo de dar la vida por nosotros.

San Pablo usa la imagen de los «runners» en sus cartas.

“¿No sabéis que en el estadio corren todos los corredores, pero uno solo recibe el premio? Pues corred vosotros para conseguirlo. Los que compiten se controlan en todo; y ellos lo hacen para ganar una corona corruptible, nosotros una incorruptible. Por mi parte, yo corro, no a la aventura; lucho, no dando golpes al aire; sino que entreno mi cuerpo y lo someto, no sea que, después de proclamar para otros, quede yo descalificado.” 1ª Cor 9,24-27.

Es cierto que hay que tener una voluntad muy férrea para salir a correr con frío, con climas adversos. Pero los beneficios son tan claros que no hay lugar para la duda. Te relaja, te despeja la mente, segregas endorfinas que son las hormonas de la felicidad, te mantienes en forma. Hay una gran lista de ventajas al salir a correr. Pero esas ventajas no las sabemos descubrir cuando hablamos de la vida espiritual. Tener una vida dispuesta al seguimiento de Cristo, formar parte de una comunidad cristiana, recibir formación acerca de mi fe, comprometerme con otros en proyectos concretos. Participar de los sacramentos, ir con frecuencia a la Eucaristía, despertar la sensibilidad evangelizadora y misionera. Son medios para estar en forma en el espíritu pero esos medios nos cuesta más ponerlos. Y es una de las explicaciones de nuestra falta de fe, y de los pocos frutos del Espíritu que van dando nuestras vidas. Sí dedicáramos al corazón, la mitad de tiempo que dedicamos a cuidar nuestro físico, nos volveríamos unos sabios de los caminos de la espiritualidad.

“He peleado la noble pelea, he terminado la carrera, he mantenido la fe. Sólo me espera la corona de la justicia, que el Señor como justo juez me entregará aquel día. Y no sólo a mí, sino a cuantos desean su manifestación.” 2ª Tim 4,7.

Cómo podemos vivirlo. Es una lástima que hay una fuente de cariño, un manantial de agua viva, hay una fuerza reconciliadora, que sana, que cura, que libera, y a la que no estamos tan acostumbrados a recurrir. Buscamos miradas que nos ayuden a sentirnos valiosos. Y hay una palabra destinada para cada uno de nosotros que no somos capaces de reconocer. “Si conocieras el don de Dios”. Pidamos que cada día lo conozcamos un poco más.